

Kant y el hijo pródigo

Peter, Ricardo

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/497>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

LÍNEAS IMAGINARIAS

KANT Y EL HIJO PRÓDIGO

Ricardo Peter*

“No es difícil hacer lo correcto.
Lo difícil es saber qué es lo correcto”
(Del film *The Confession*, de D. JONES).

Necesitamos los servicios de un experto en filosofía de la conducta humana para asignarle un problema exclusivamente moral. Se trata de un caso clamoroso de la historia de la humanidad. Para esto requerimos la asistencia de un hombre profundamente íntegro, cuya doctrina sea notable y cuyo sistema de vida sea decoroso y honorable. Da la impresión que Emanuel Kant reúne todos los requisitos. Se trata, desde luego, de uno de los pensadores que mayor influencia ha ejercido en la historia. Es un gigante de la filosofía, de actitud estoica, paciente y metódico, con una personalidad al acecho de cualquier prejuicio moral. Si Kant no se retracta y acepta el caso, su valoración será decisiva.

Es evidente que Kant no puede presentarse en persona a nuestra audiencia. Nos serviremos entonces de una artimaña para traerlo a nuestra juicio; que dicho sea de paso sería la única manera de desalojarlo de su ciudad natal. En efecto, Kant era tan ordenado, exacto y sistemático en su vida diaria que para no alterar el ritmo de sus costumbres nunca abandonó Königsberg. Permítanme entonces la licencia de transformar a Kant en un personaje ficticio con la finalidad de solicitar su asesoría en un caso vigente, pues aun siendo completa-

* Profesor investigador de la Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP.

mente ficticio, sigue fascinando y desconcertando a quienes se enteran del asunto. Provoquemos, ya que la licencia literaria todo lo consiente, una especie de “metempsicosis” hacia atrás. La operación no es tan difícil pues en literatura no hay milagro espinoso: lo único que se necesita es hacer pasar su alma de una época a otra.

La trasmigración de Kant del plano histórico al plano de la literatura tiene lugar poco tiempo antes de su muerte, que aconteció a los 80 años de edad, cuando todavía se encuentra en el vértice de su madurez intelectual y de su producción filosófica. Es más: podemos dejarlo terminar su *Antropología* de 1798, seis años antes de su fallecimiento, cuando su entendimiento era todavía sobresaliente y su memoria aún no había comenzado a desplomarse. De esta manera, Kant podrá ofrecernos lo mejor de sus recursos intelectuales. Además, da la impresión que en ese momento goza de buena salud. Por suerte ningún familiar o amigo notará su momentánea ausencia, pues Kant era soltero y persona de pocos lazos afectivos reales.

Supongamos entonces que el fantasma de Kant asiste al momento mismo en que el hijo pródigo regresa a la casa paterna. Lo hemos llamado para tomar cartas en el asunto. Éste es el caso que tiene que valorar. Su presencia en el escenario de la parábola no es como la de cualquier intendente de la hacienda enterado de la noticia de la vuelta del descarriado. Ahora bien, ¿quién mejor que Kant para presenciar todo lo que ahí ocurre?; para discernir y evaluar la orientación moral de los personajes implicados en el drama desencadenado por la conducta del hijo menor. Quede claro que el papel de Kant no es convencional, como si fuera uno más del montón de chismosos y curiosos que no se quieren perder el acontecimiento. Todo lo contrario: Kant encaja en la escena. Su función es esencial pues él realizará un peritaje moral del evento, con fundamentación filosófica y, si fuera necesario, también teológica.

Es obvio que Kant ya está enterado de todos los pormenores del incidente familiar. El hecho no es inédito. Los sucesos fueron publicados íntegramente por un médico sirio llamado Lucas y han alcanzado una gran difusión. Prácticamente todos están al corriente del episodio del hijo pródigo. En el Occidente la noticia no ha respetado fronteras.

Refresquemos la memoria: ¿qué fue exactamente lo que sucedió? En una determinada ocasión de la que no tenemos registrado ni el día

ni la hora exacta, pormenores que no afectan la tarea de Kant, el hijo menor, que para nuestro gusto bien pudiera llamarse Levy, como el publicano amigo del dinero fácil que menciona Marcos en su Evangelio, sorprendió a su padre reclamándole, con premeditación, que le entregara la parte de la herencia que le correspondía.

Notemos que semejante petición pudiera perjudicar la reputación del joven a los ojos de Kant, pues su gesto insólito está fuera de toda normativa jurídica y legal, pero no será esta extemporánea solicitud la que destruya la natural ecuanimidad de nuestro fogueado moralista.

El padre accedió por pura generosidad, por simpatía con el muchacho y tal vez hasta para evitarse un infarto o un ictus cerebral en una discusión generacional sin vuelta de página. Efectivamente, repartió la herencia e, ironía de la vida, el hijo mayor, quien de veras estaba facultado por la ley para hacer tal demanda y no la hizo, salió igualmente beneficiado con la insolencia de su hermano.

Apenas pudo el joven se largó, como quien dice a Las Vegas, a un país lejano, y ahí gastó toda su fortuna llevando una vida ostentosamente relajada y por lo mismo completamente lujuriosa. Sobre este particular la opinión es unánime. Pero como la vida no es color de rosa, Levy consumió sus riquezas y con ellas extinguió sus masivas amistades de los tiempos de bonanza. Sabemos que la diferencia entre el amigo fiel y el infiel es que el primero es un tesoro, mientras el segundo arrasa nuestro tesoro.

Las cosas se complicaron porque en aquella región sobrevino una gran carestía. La situación se volvió crítica y quizá hasta peligrosa. La crisis orilló a la población a la desesperación. Levy presentó diversas solicitudes de trabajo y el único encargo que recibió —pues no estaba muy preparado, como esos eternos estudiantes que nunca acaban su grado profesional— fue el de cuidar puercos. “Y esto porque tuve suerte”, se había dicho a sí mismo, consolándose pues al fin y al cabo había encontrado quien lo asumiera aunque fuera para una tarea vergonzosa. Pero el chico de alta alcurnia, acostumbrado a la flojera de siete días a la semana, comenzó a sentir un hueco incolmable en su estómago; hasta quería comer el alimento de los cerdos y nadie se lo daba. No podía estar en peor estado cuando entró en sí y comenzó a cavilar sobre su situación. Recordó que en casa de su padre, don Emanuel, los jornaleros tenían pan de sobra, mientras él se moría de

hambre. Las necesidades son portadoras de consejos. Convertido por este *insight* de origen visceral, el joven se levantó y se encaminó de regreso a casa acompañado de autorrecriminaciones sin fin pues no debía de recordar sus vicios y deslices.

La vuelta del hijo pródigo fue el episodio más sonado en toda aquella región. La opinión pública estaba dividida. Como en todos los asuntos que suceden en la tierra, una parte estaba literalmente consternada y la otra envuelta en interminables discusiones: que si había hecho bien en regresar, que si había hecho mal, que si el padre no tenía que recibirlo.

Además, se preguntaban los más conservadores, ¿cómo se ubica la conducta de Levy con respecto al cuarto mandamiento de la Ley de Dios? ¿Dónde están los deberes del hijo hacia su padre? ¿Que opinión podía valer a los juristas y concretamente a los moralistas la historia del faldero de la familia?

Debido a esta diatriba que llega hasta nuestros días, la consulta a Kant se vuelve más indispensable que nunca. Como podemos ver, el material es abundante y controvertido, y el caso es bastante jugoso como para requerir la opinión de un experto de fama mundial.

¿Qué indicaciones valiosas podría ofrecernos el autor de publicaciones tales como *La religión dentro de los límites de la mera razón* o de su última gran obra sistemática *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, de 1797, especialmente de la segunda parte dedicada a los “Fundamentos metafísicos de la doctrina de la virtud”?

¿Qué ocurrió entonces a la vuelta del hijo pródigo? En primer lugar, cabe señalar que el padre manifestó una conducta fuera de quicio. De hecho, aun el hijo menor estaba lejos cuando el padre lo vio, incluso se conmovió y procedió a correr en su dirección. ¿Con que intenciones se desplazó hacia el hijo? ¿Para sermonearlo? ¿Para reñirlo? ¿Para increpar su laxismo de vida? Las acciones del padre dejan bastante clara su determinación: corrió, se lanzó a su cuello, lo abrazó y, finalmente, lo cubrió de besos. Es más todavía: algunas versiones refieren que el padre lo besó efusivamente, como quien dice lo besuqueó con entusiasmo y vehemencia. En pocas palabras, el padre se apresuró única y exclusivamente para volver a recibirlo en su hogar.

Un gesto incalificable y confuso para quienes pudieron verlo con sus propios ojos. Seguramente irritante e insostenible para muchos.

¿Acaso ese joven a quien el padre, repetimos, cubre efusivamente de besos es un chico limpio de corazón? ¡Para nada! Se trata nada menos que de un glotón y mujeriego, poseído por el pecado. ¿No se está comportando el padre del hijo pródigo como un padre pródigo? Estamos seguros de que Kant, padre del criticismo, no perderá ningún detalle y sabrá analizar cada gesto del padre, a todas luces “sobrecargado” de afecto.

El resto de la historia ofrece material valioso para el juicio moral del asunto. Donde quiera que se conozca el caso habrá siempre discusiones o, por lo menos, una reacción de conmoción y asombro ante lo que a continuación se refiere.

En efecto, la conducta del padre parece que siguió desbordando en insensateces de todo tipo. Primero: en vez de correrlo le dijo “pásale, hijito mío”. Segundo: el padre se dirigió a los empleados y les pidió que trajeran vestido, anillo y sandalias. Pero no pidió cualquier vestido, un vestido sin más. Anotemos para efecto del juicio que solicitó “el mejor vestido”. Y tercero: le dedicó una fiesta, totalmente injustificada, que ni venía al caso. Todavía más: a los pobres empleados les metió una cierta agitación diciéndoles “rápido”. En resumidas cuentas, hizo algo intolerable: consintió al sinvergüenza.

La última parte de la historia es triste y penosa, pero es nuestra obligación referirla: el hijo probo, el mayor, de quien no se conoce ningún vicio, regresa del campo, seguramente agotado, exhausto, se entera del asunto y justamente se niega a participar en la celebración del zángano.

Hablemos sin tapujos: es lamentable que sucedan cosas así. Un sirviente corrió entonces a informar al padre que el primogénito, para el caso Simón, no iba a celebrar con ellos. Se negaba rotundamente a entrar en casa. El padre salió de la fiesta y trató de convencerlo de alegrarse alegando que el hermano estaba muerto y había vuelto a la vida, estaba perdido y había sido hallado. Tonterías, replicó el hijo mayor. Acto seguido expuso sus razones con lujo de detalles y no dio su brazo a torcer. En efecto, él, que nunca se había “perdido”, no había recibido ni siquiera un cabrito para agasajar a sus amigos. El caso de Simón es aleccionador.

Hasta aquí los elementos centrales de la crónica. Que ahora Kant tome las riendas del asunto y se pronuncie. ¿Qué valoración moral

puede hacerse de la conducta del hijo menor? ¿Qué juicio merecen las acciones del padre? En la óptica de Kant ¿qué puede decirse del hermano mayor, responsable y concienzudo desde todo punto de vista? ¿Qué opina sobre la complejidad y contradicciones inherentes al caso del hijo pródigo? ¿Cómo se coloca nuestro versado moralista con respecto a lo que ha presenciado?

En verdad, el hijo menor, diría un profano de cuestiones morales, se ha comportado como un cateto, como un ser despreciable. Lo que ha hecho al honor de la familia es una auténtica canallada. Incluso se pudiera objetar que no es necesario desenterrar literariamente a un moralista de la talla de Kant, pues hasta el estudiante más superficial de ética no vacilaría en aplicar al presente caso el criterio infalible del “ojo por ojo” (que ha ocasionado tantos tuerfos en el mundo) o el de “el que la hace, la paga”.

Aristóteles, por ejemplo, estaría de acuerdo con este dictamen. Las acciones moralmente malas responsabilizan al que las ejecuta. Levy ha fallado contra las virtudes de templanza, prudencia y justicia. Su vida ha consistido en vivir de manera voluptuosa, en función del mero placer. Hasta Epicuro de Samos, padre de la escuela hedonista, sería severo con el hijo pródigo pues ha buscado el goce sin observar y respetar sus propios límites. ¿Qué necesidad tenemos entonces de escuchar más juicios si las morales prekantianas condenan en coro al joven vicioso? ¡El hijo pródigo merece un castigo sin más consideraciones!

En realidad los criterios anteriores son válidos pero insuficientes pues no están referidos a una ley moral incuestionable. Para Kant, de hecho, las doctrinas arriba señaladas no pueden evitar un cierto subjetivismo pues, en su juicio, son doctrinas morales de tendencias eudemonistas, es decir, identifican el bien moral con la felicidad, que es lo que significa la palabra griega “*eudaimonia*”. No en vano Aristóteles en sus obras *Moral a Eudemo* y *Moral a Nicómaco* sostiene que la felicidad es el mayor bien de la humanidad y que ésta se consigue viviendo voluntariamente de acuerdo con la virtud moral. La virtud, en la concepción de Aristóteles, es un hábito adquirido que actualiza los recursos y potencialidades del hombre, alcanzando de esta manera su propia felicidad. Aquí se vislumbra la conexión entre ética y felicidad. El hijo pródigo ha derrochado sus bienes personales y su riqueza económica. Su infelicidad es automática.

Kant, sin embargo, penetra en la problemática del valor moral de otra manera. De aquí la importancia de que Kant nos asesore al respecto. La visión moral de Kant, en efecto, es otra y estriba en que la conducta está regida por “lo que debe ser” y no “por lo que es”; por lo mismo, la acción moral está determinada por el principio del deber: malo es lo que atenta contra este principio y bueno, moralmente hablando, lo que respeta dicho principio.

Es más, dirá Kant: toda la moralidad se resume en el respeto del deber *por el deber mismo*, con exclusión de cualquier otra motivación, pretexto o antecedente. El concepto de deber es inseparable del concepto de moral. Que Kant, entonces, como buen escolástico, valore con su propio principio y fórmula ética el acontecimiento que nos ocupa. ¿Cómo enfoca el asunto, qué opina al respecto?

No cabe duda que estamos en presencia de un suceso estrepitoso, argumentaría Kant, subrayando con la flexión de su tono la gravedad del caso, y añadiría: para evaluar el caso es necesario distinguir entre máximas subjetivas y máximas objetivas. Por lo que respecta a mi teoría moral, si la máxima puede ser prescrita a todos, esto es, si la máxima o axioma puede asumir un carácter de universalidad, estaríamos entonces en presencia de una máxima objetiva, y en cuanto tal, ya no hablaríamos de una simple máxima, sino de un imperativo, capaz de determinar la voluntad racional del operante. Pero no basta cualquier imperativo. En efecto, para juzgar cabalmente nuestro asunto necesitamos recurrir a un imperativo categórico y no hipotético, porque no nos interesa la meta que persigue el hijo pródigo, sino saber qué decisión, independientemente de su meta, repetimos, deba tomar el hijo menor. Un imperativo categórico encierra, por lo tanto, un juicio de deber, una obligación moral, y por tener vigencia absoluta es válido para cualquier ser racional. ¿De qué manera ha actuado Levy? ¿Con base en qué máxima ha desenvuelto su vida? En realidad las circunstancias que rodean el caso del hijo pródigo no favorecen su absolución.

Ustedes han visto cómo se ha conducido el hijo pródigo, seguiría comentando Kant. Es un hecho que reclamar su herencia e irse lejos de casa no revela ninguna referencia axiológica. Se largó para vivir desordenadamente. Además, ahí están a la vista las consecuencias de sus acciones caprichosas.

Es cierto que el hijo menor ha pasado hambre y humillación; también es cierto que la vida terminó golpeando su codicia y sus vicios. A su favor cuente un factor atenuante, la ignorancia de quien es joven. ¿Qué tipo de ignorancia? Se trata de ignorancia negativa, no culpable. Para elegir algo es preciso conocer y el hijo menor no tenía la edad suficiente para conocer todo lo que debía conocer. Pero aun así no se puede negar que se ha comportado mal. Me atrevería a decir: como uno de los peores hijos. Su experiencia moral posee elementos constitutivamente malos. Hay evidencia de que su conducta no está regida por principios. Su vida no está regulada por el imperativo ético del deber. Todo lo contrario. No creo necesario abundar más en el argumento

Muy diversa es la valoración sobre Simón, el hijo mayor. El no es como su hermano, desordenado e incontinente. Es un hombre extremadamente mesurado. Representativo del cumplimiento. Su posición no es la de un indolente, sino la de un luchador. Es un ser entregado a la causa del deber, disciplinado.

Discute con el padre, admite Kant, pero lo hace porque toma posición de su papel serio en el seno de la familia. Señala su contribución. Es un hombre que no conoce el derroche. Es uno que ni siquiera invita a sus amigos a comer algo tan barato como un cabrito. Es abstemio en todo el sentido de la palabra. No comete errores. No se le conocen aventuras. Como primogénito ha cumplido cabalmente con sus deberes morales.

Y por último, ¿qué decir del padre? En primer lugar, es un viejo que pronto será cadáver. Tal vez su cercanía a la muerte le hace ver todo de manera relativa. Los años vuelven laxos a los seres humanos. Por lo mismo es un sentimental que con tal de tener a su hijito cerca se alegra con la vuelta del irresponsable. En realidad cada hombre es él mismo y sus circunstancias. Sus acciones y comentarios desbordan la ética del deber. Concluyendo: sólo el hermano mayor respeta el orden moral por el cual yo he consumido la vida.

Hasta aquí puede acompañarnos el pensador alemán. Éste sería, aproximadamente, su fallo moral. Después de haberlo escuchado con veneración podemos deshacer la simulación literaria y despedir a su espíritu. Tal vez quiera volver a orillas del río Pregel, a su ciudad natal, donde una lápida fija la fecha de su muerte, el 12 de febrero de 1804.

En realidad la moral kantiana ofrece poca ayuda ante el caso del hijo pródigo. Notemos que la problemática rebasa los criterios planteados por Kant. La parábola del hijo pródigo ofrece en la figura del padre una propuesta moral que rompe los presupuestos epistemológicos de la teoría ética de Kant. La compasión se coloca *por encima* del deber.

La de Kant es una ética formal, argumentada y fundada sobre el principio del deber. Pero se trata de una ética relegada por la ética sugerida por la parábola del hijo pródigo, centrada sobre la compasión.

Surge entonces la pregunta: ¿puede la compasión asumir el contenido de imperativo categórico que, en su formulación fundamental kantiana, suena: “Obra sólo de acuerdo con aquella máxima, por la que a la vez puedes querer que se convierta en una ley universal?” ¿Podiera la compasión adquirir la categoría de criterio universal? O, dicho diversamente, ¿podiera acaso el padre ofrecernos un modelo de conducta humana? ¿Puede proponerse la compasión como norma o como ley? Si el estatuto de todo sistema ético se resume en la frase: “Hay que hacer el bien y evitar el mal”, ¿de qué manera la compasión puede ejecutar ese contenido?

La pregunta por la validez de la compasión como criterio ético o propuesta normativa es considerablemente compleja y pasa la raya de estas consideraciones. Sin embargo este criterio, contemplado en la presente parábola, plantea la cuestión de peso del “actuar humano” por encima del “recto actuar”.¹ En consecuencia, para el padre del hijo pródigo la compasión es más importante que el deber; la flexibilidad de la misericordia más que la rigidez de la obligación; la comprensión y la aceptación más que el análisis y el juicio; la humanidad más que la mera rectitud.

Ésta es la contribución de la parábola: lo moralmente recto queda trascendido por la compasión, que es una decisión moralmente correcta. A los ojos del padre, el deber por el deber mismo es una manera peligrosa de ver, de pensar y de tratar a las personas.

Pero cabe también añadir que la compasión requiere de más madurez, voluntad y esfuerzo moral que la mera aplicación del criterio del

¹ Ver: Ricardo Pcter, *Ética para errantes*, BUAP, México, 2000.

deber. Se corre más riesgos en el primer caso que en el segundo. La verdad es que resulta más fácil aplicar el juicio categórico de Kant al hijo pródigo que compadecerse de él.

La formulación del contenido ético en términos de compasión asume en las religiones históricas un carácter de universalidad y en la tradición judeocristiana llega a convertirse en una regla de oro. No se trata pues de un axioma irracional o pasional. La compasión del ser por el ser, que en otra ocasión hemos llamado “ética del límite”, no significa arbitrariedad, relatividad, subjetividad.

Pero indudablemente es una ética adulta, por así decir. Quien la aplica, el padre, no solamente es un anciano en términos biológicos, sino un adulto en el sentido de que sabe lo que hace y decide con base en lo que sabe. ¿Qué es concretamente lo que sabe el padre?

El padre está henchido de conocimiento de la indigencia del ser. El padre se mueve desde la óptica de la indigencia. Sus acciones dejan entrever una “fundamentación”, por así decir, y un “estatuto epistemológico” referidos a la indigencia de la existencia humana. Quien actúa compasivamente obra de un modo moralmente correcto, pero rebasa generosamente la medida racional. De hecho, la razón se siente atropellada, como se manifiesta en el hermano mayor.

La moral de Kant es sobrepasada por la moral del padre, que será recordado en la historia como un hombre misericordioso y compasivo, que perdonó al descarriado para que a partir de este hecho fundamental de su vida pueda, a su vez, llegar a convertirse en un hombre igualmente compasivo y misericordioso. La frontera que separa ambos planteamientos éticos es la línea incolmable que se interpone entre la obligación y la compasión.

El marco axiológico de Kant no salva al hijo pródigo que alberga cada uno de nosotros como la *instancia que evade el límite*. Tampoco repara del pensamiento excesivamente crítico, implacable, del hermano mayor, la *instancia que rechaza el límite*, que se yergue dentro de nosotros para culparnos de nuestros errores y fracasos. En efecto, nadie que sea humano puede arrogarse la insolencia de decir “jamás te he desobedecido”, queriendo afirmar que está exentos de errores. Basta vivir para errar.

¿No será acaso que la falta de este criterio ético y la abundancia del criterio del deber conduce a la humanidad que hay dentro de nosotros

a negar la vida en nosotros mismos y en los demás? ¿Ha sofocar al padre, por decirlo según la parábola? ¿Ha reducir la aceptación y ha engrandecer el rechazo? ¿A amarnos menos y a odiarnos más? En el Occidente la ética de Kant ha sido la continuación del pensamiento crítico del hermano mayor del hijo pródigo. Una ética dominada totalmente por la idea del deber, que exige ser correcto pero que no despliega la posibilidad de ser compasivo.